



# El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9159

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

—CONDICIONES—

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. rette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.—

MI ÉRCOLES 11 DE MAYO DE 1892.

## CORREO DE SEÑORAS

(DESDE PARÍS)

Estamos ya en el hermoso mes de Mayo, y por tanto, ha llegado el momento de hablar algo de trapos de primavera; y tengo la intención de hacer una pequeña correría á través de las novedades y creaciones para la estación en que nos encontramos.

Si queréis, empezaremos por el fin: esto no será lo más agradable; pero como será lo menos lógico, ha de ser lo más propio de nosotras.

Pasemos, pues, revista á los accesorios y empecemos por las sombrillas.

Es indudable que el sol puede presentarse de un momento á otro, cuando menos lo esperamos, y por eso tenemos que ocuparnos de ese accesorio. Hay sombrillas con anchas rayas á lo largo, color de rosa y blancas y negras y blancas; otras son de raso liso con guirnalda de flores de oro bordadas ó de matices muy vivos, las sombrillas transparentes que empezaron á usarse el verano último son todavía muy apreciadas; también se hacen de falla con entredoses separados unos de otros; estos entredoses de encaje blanco ó de chantilly toman la forma de círculos, estrellas, corazones, tréboles, mariposas, etc., paños sencillos de madera al natural ó de concha, adornados con una cifra de oro ó diamantes. El *en-cas* para paseo se cubre con una modesta seda tornasolada, y su puño presenta á veces un termómetro ó una brújula; vienen de Londres *en-cas* tan ligeros, tan delgados que casi parecen espadas: este es el verdadero compañero de la *flanense*.

Si hubiéramos de describir bien los sombreros, necesitaríamos trazar algunas líneas geométricas; sin embargo, podemos dividirlos en dos categorías; las capotas de pequeño

fondo puntiagudo, género chalet chino, ó sombrero *pirotte*; y la capelina de copa ancha, alta y recta, género revolución, género girondino; vosotras podeis escoger entre el puntiagudo y el ancho, según vuestro tipo.

Citamos como gran novedad una pequeña *foque* muy baja de pajillas multicolores; sobre esta especie de galleta se eleva un ligero grupo de rosas, lo que da al conjunto un vago parecido á los pasteles de Saboya aplastados.

Pocas flores, pocas alas, pocos pájaros, plumas, penachos, cintas, *aigrettes*.

Un consejo: guardaos de usar esas plumas puestas como interrogación ó admiración, pues no sientan bien, ni dan elegancia; es una extravagancia, y á menos de haber sido inspirada por las Amazonas del Dahomey no se concibe cómo semejante moda tiende á implantarse entre nosotras. Una enfermedad de azabaches negros en las capotas, á las cuales se les ponen cintas de tinte claro, amarillo, coral, turquesa y anchas bridas que se cruzan á un lado con un lazo.

¡Pues bien! como no se tenga un cutis de jazmín y rosa, este marco chiltón no rejuvenece mucho y hace resaltar de una manera deplorable las primeras arrugas y las primeras canas. Por lo demás, la gran capelina revolución parece que es la preferida, haciéndose de paja negra de arroz y llevando una avancha de plumas negras.

A las bellas y flexibles pajas de Italia se les da formas extrañas: por una parte van levantadas, por otra plegadas de mil modos, y en su aspecto general presentan las más violentas contorsiones.

Los velillos se llevan de tul ruso muy ligero, negros en su mayor parte; los blancos escasean.

Los adornos cada vez más altos sobre los hombros, no admiten la *juquette* é imponen la pelerina que con tanta facilidad se pone ó se quita; por lo demás, las actuales

pelerinas son encantadoras, bien sean cortas, bien largas. Las cortas que rejuvenecen más, y son más airozas, tienen triple ó quintuplo *collet*, de paño ligero, y están rodeadas de una *ruche* de cintas al borde de cada *collet*: mastic y blanco, rojo y negro: tales son las mezclas más *chic*. Para la pelerina larga, más seria y más rica son los canesús bordados, de los cuales, caen por delante y por detrás una inmensa sarta de perlas: estas pelerinas se forran con ricas sedas, y también se hacen más sencillas con un *depassant* de plumas: este *depassant* rodea el cuello Médicis y forma un cerco muy agradable á la vista.

Si estos modelos son graciosos, el *cover coat* es por el contrario, sobre los trajes femeninos una aberración del arte: consiste en un paletot saco, recto por delante y por detrás abierto en los costados, con enormes botones de nácar, género *lad* de cuadro, de paño belga muy claro, con anchas costuras, muy aplastadas. Esta abominación, está, sin embargo, en boga, para llevarla por la mañana, y es de temer que se use para viajes y baños de mar.

Las blusas merecen capítulo aparte, pues además de servir estas ligeras prendas para transformar cualquier falda, son útiles y cómodas. Es la forma rusa, abotonada hacia la izquierda, la que hoy consigue todos los sufragios. Para usarla de día se hace de surah ó de foulard; para las comidas de confianza y los teatros de segundo orden, de encaje negro muy transparente, sujeta con cinturón que tenga rica hebilla. Las hemos visto muy bonitas en casa de un importante modisto, cuerpo ajustado de satín rojo penetrando por debajo de la falda, y blanca rosa flotante y fruncida de tul rojo con canesú bordado, estilo cosaco: un cinturón de seda roja con una escarapela, comprime el talle.

La blusa debe hacer *bouffant*

*basque* por debajo del talle, circunstancia que exige una tela ligera y delgada.

Lleguemos á lo principal del *menú* de la coquetería: la falda; es imposible indicar todos los matices en boga: hay mil, el gris, el beige y el negro con rayas irisadas son acaso, los colores más generalizados; pero los de malva, azulados y verdosos, tienen también adeptos.

La cola disminuye poco á poco para la calle, y la falda, más corta y muy sesgada, se puede recoger con facilidad; en la parte baja se lleva lisa ó bordada; pero tiene tantos volantes como las usadas en el pasado invierno. Se cortan las faldas de una sola pieza, cerradas por detrás con una sola costura, y para esto hay telas muy anchas; estas faldas redondas no caen tan bien como las faldas sesgadas, pues imitan á las pantallas; esto no es conveniente, así lo creo, pues lo que desfigure la silueta de la mujer es un contrasentido de arte.

Pocas aldetas, el corpiño ó el cuerpo entran por debajo de la falda: el corpiño se lleva alto ó bajo, rico ó sencillo, de falla, terciopelo, satín brochado, pasamanería, encajes, cuero ruso, piel de Suecia todo lo que el cielo y la tierra pueden imaginar.

No hay para qué decir que para viajes *al fresco* se usa una falda es redonda, aunque sesgada; llevar cola, aunque fuese reducida, sería cosa incómoda y absurda.

Para los bailes se usa mucho el satín: *fourrea* lisos con *ruché* de tul en la parte baja y *draperies* de tul en el cuerpo, dos grandes flores sin follage, rosas, *chrysanteimes boules de neige* rodean la parte superior de las mangas; también son deliciosos los tirantes de flores, violetas, capuchinas, etc.

Las jóvenes deben ponerse bajo el cuerpo escotado una *guimpe* elevada con anchas mangas de tul de matiz vivo.

Por lo demás, las faldas de seda brocatel muy ricas, pero algo pesa-

das, no las llevamos como no contemos más de 25 años.

En la cabeza nada, ó casi nada; un pequeño *rodete* revuelto como por las uñas de un gato, una *ni-grette*, ó si se quiere una *croissant* de diamantes, cosa que no es nueva, pero que sienta siempre muy bien.

Añadamos que se nota cierta tendencia á desterrar las tinturas rubias. Las jaquecas por una parte, las calvicies por otra, han disgustado á las cabezas atolondradas y ya no quieren embadurnarse para parecer zanahorias ó manteca fresca; al menos es de suponer esto, pues siendo poco escuchados y menos obedecidos los padres, los maridos y los médicos, tenemos que buscar otros motivos para este feliz cambio. Feliz, en efecto, pues si es cosa encantadora el ser rubia no es peor el ser morena; esto sin contar que es preciso que haya mujeres para todos los gustos, y que cuando se trata de cambiar las leyes de la naturaleza, rara vez se consigue embellecerla.

Continuando nuestras revueltas investigaciones, llegamos á la ropa interior.

Las sayas son cada vez más caprichosas; he aquí algunas que no se deben olvidar: falda con *anchas* que, volante de red negro y en la orilla cinta de satín albaricoque; otra es de surah malva pálido con volante fruncido y picada sobre el volante cae un *effle* de cordoncillo malva terminado con pequeñas bolas de raíz de iris.

El pantalón, la faldita y la camisa de batista blanca ó apenas coloreada.....

¿Y después?

—¿Después? Puesto que hemos nombrado la camisa, llegamos al término de las hostilidades.

—O al principio, dirá algún lector atrevido.

—Pero yo hablo solamente con las lectoras.

—Gracias por vuestro interés, repuso Epernoz; tranquilizaos, no estoy herido, la que veis es la sangre de mi adversario. Se encuentra abajo en el carruaje. El movimiento del coche le ha hecho perder el conocimiento, y como su vida pudiera correr algún peligro trasportándolo hasta la calle de San Jaime, vengo á suplicaros que le recibais en vuestra casa.

—¿La calle de San Jaime!

—Sí, es en ella donde él vive: el jovencuelo de quien os hablé ayer, Leopoldo Frélan.

—Mi hermano! exclamó Jorge lanzando un grito parecido al rugido de un león. Esperadme aquí: dentro de un momento seré con vos.

Sin dejar á Epernoz tiempo alguno para salir del estupor en que lo había sumergido aquella inesperada revelación, le empujó violentamente en la habitación y la cerró. Enseguida se precipitó en la escalera y llegó hasta el coche cuya puerta abrió con temblorosa mano. Sobre el asiento del fondo se encontraba Leopoldo medio acostado y sostenido por el estudiante que le había servido de testigo; el abrigo que le envolvía dejaba ver un rostro pálido, cuyos ojos, aun cuando cerrados, revelábase por la dolorosa tensión de las pupilas, un rudo y cruel sufrimiento. En el asiento delantero, Javerval, más pálido todavía que el herido permanecía inmóvil con una caja de pistolas sobre sus rodillas y un par de estas armas en las manos.

Ay ¡que desgracia caballero Sordenil! dijo el grue-

Enero, y aquellos, inmóviles y fríos como la nieve que los coronaba, alineados á derecha é izquierda semejaban una procesión de gigantescas fantasmas.

—Hermoso día para batirse, dijo Jorge, pero la tierra recibirá con demasiada frialdad al que se muera.

En aquel momento un carruaje que venía muy lentamente del barrio de la Estrella, se detuvo delante de su casa. Un hombre descendió enseguida y atravesó la acera con paso rápido. A su vista Sordenil no pudo contener una exclamación de gozo.

—Epernoz, exclamó; justo es el cielo que me lo envía. Y se precipitó á su encuentro más diligente que un padre que, después de diez años de ausencia vuelve á encontrar á su hijo. Los dos hombres se encontraron en la escalera.

—Vengo á suplicaros un servicio, dijo Epernoz, en cuyo traje se notaba bastante desarreglo, revelándose en su semblante las señales de una viva agitación.

—También yo tengo alguna cosa que suplicaros, repuso Sordenil devorándole con su mirada.

Todo lo que queráis; pero escuchadme ahora. Acabo de batirme.

—Batidos! exclamó el marido de Blanca con su voz sonante: os habeis batido! pero, confío en que no os habrán herido.

Con una sangüinaria solicitud, abrió la levita del que consideraba su legítima presa y estremejóse de furor á la vista de algunas gotas de sangre de que estaba manchado su chaleco.

—Clemencia, dijo, qué diriais si yo os engañara?

—Engañarme! repuso ella, mirándole sin comprenderlo.

—Si yo no os amara?

La señora de Epernoz dejó escapar una orgulloso sonrisa que demostraba la perfección con la cual el falso amante había representado su papel hasta aquel día.

—Si yo al engañaros quería perderos? continuó éste con una siniestra energía: si yo hubiera meditado vuestra deshonra, vuestra muerte tal vez?

Clemencia sonrió de nuevo, pero esta vez lo hizo con la primorosa jocosidad que lo hubiera hecho un niño sometido á una prueba para él conocida. Uniendo las manos y doblando una rodilla, mientras que su rostro encantador afectaba la resolución de un mártir.

—Es la vida y no la muerte la que está en estas palabras, le dijo Jorge con una emoción extrema.... ¿No ois ruido? la preguntó después de haber escuchado un instante.

La señora de Epernoz se levantó.

—Abren la puerta del salón, dijo ella, presa del mayor terror.

—Es vuestro marido.

—Mi marido! soy perdida, exclamó la joven.